

## EL SAXOFÓN BAJO

### LA INDIFERENCIA ANTE LOS MONSTRUOS

Por Fernando García Ramírez

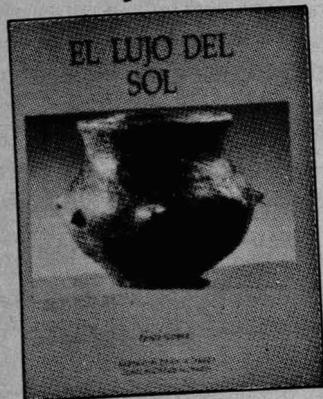
Los sueños delirantes de la razón de Estado (la más fanática de las razones) levantaron sus templos, también, en el centro de Europa: Auschwitz, Treblinka, Majdanec. La ideología, originalmente, según Marx, era una deformación una "conciencia falsa" determinada por las relaciones sociales. ¿Qué pasó después? El siglo XX, el nuestro, será recordado como el siglo de las ideologías, pese a los esfuerzos antiutópicos, pese a la desesperanzada mirada con que las generaciones finiseculares observamos a las tiranías reales nacidas de las ideologías ideales, de izquierda o derecha, lo mismo da. El desprestigio absoluto —al menos entre la intelectualidad liberal— de los regímenes totalitarios de derecha se inició al término de la Segunda Guerra. Los regímenes totalitarios de izquierda, ante esa misma intelectualidad, han corrido con mayor fortuna. Gide los denunció y no fue escuchado. Poco a poco los intelectuales europeos abandonaron sus posiciones obligados por los ecos de los lamentos surgidos de los campos de concentración soviéticos. El desencanto puede decirse que se inició en los años cincuenta. Fue un proceso largo, amargo: no fue fácil terminar el idilio con la última de las ideologías utópicas del siglo, no tanto porque se sintiera aprecio teórico por sus postulados mesiánicos sino por el pánico de encontrarse ante el presente, concreto y múltiple, sin el apoyo de una ideología reduccionista y redentora. Hoy, el desencanto ante la ideología totalitaria de izquierda es tan común que se ha convertido en un fenómeno de mercado (lo cual no indica que se haya razonado debidamente): Milan Kundera, para poner el ejemplo más evidente, encabeza con frecuencia las listas de los libros más solicitados. Esta divagación no es ociosa. Un escritor checo, como Kundera, desde el centro de Europa lanzó un quejido, grave como la voz de un dinosaurio y a pesar de ello armonioso, un quejido salido de un saxofón bajo.

Cuando, escudándose en alguna ideología, se prohíbe la música —o alguna for-

ma de arte— lo menos que se puede sentir es lástima por la condición humana. En el centro de Europa, en Checoslovaquia, durante la invasión nazi, el protagonista de "El saxofón bajo", "tenía 18 años, estaba lleno de complejos y no era un muchacho feliz, ni un genio", pero amaba, como a ninguna otra cosa, el swing, música prohibida por los invasores arios, que la juzgaban "música judeonegroide", "paramasónica". Una tarde, una singular banda alemana que cumplía con el deber de alegrar al ejército estacionado en esa zona, una banda formada por seres anormales que constituían una "dantesca estampa brugheliana del Averno", arriba a Koscice. Requería la banda de un saxofonista —el titular estaba indispuerto—, y el protagonista de este relato lo era, pero no podía tocar con la banda porque el pueblo entero lo rechazaría al enterarse de que había "colaborado" con el enemigo. La opción era clara: "podría haberse hecho el tonto, como hacíamos a veces los checos" o podía burlar las imposiciones de los guardianes de las razones de Estado y tocar aquel instrumento que le producía "más interés que ninguna filosofía anteriormente poseída, y más admiración que la más hermosa de las Venus". Eligió, claro, tocar con la banda, y lo hizo durante gran parte del concierto, con un disfraz,



### JULIETA CAMPOS El Lujo del Sol



Son éstos los testimonios palpables y visibles de la memoria, vivos como otros tantos lenguajes, que destiló el pasado: la suma de manifestaciones que, en torno a la lengua y la palabra, integran la cultura popular de Tabasco.

Fotografía  
Pablo Méndez

### JULIETA CAMPOS Bajo el Signo de Ix Bolon



Tabasco es obra del agua: delta de dos ríos que precipitan su caudal desde las alturas de la sierra, son sus tierras aluvión que muda de rostro sin tregua y, con su mudanza, marca la biografía de los hombres.

Fotografía  
Gerardo Suter

GOBIERNO DEL  
ESTADO DE TABASCO  
FONDO DE CULTURA  
ECONÓMICA

hasta que un oficial nazi lo puso al descubierto. Años después recordaría: "no fue un sueño, pues aquel grito desesperado de mi juventud aún permanece en mi interior".

El segundo relato de este libro (*El saxofón bajo*, de Josef Škvorecký), titulado "Emoke", guarda cierta relación con el primero, que da nombre al libro. Un joven intelectual de Praga durante unas vacaciones conoce a una joven viuda, quien se protege de la vida bajo el caparazón de sus prejuicios esotéricos y de una desconfianza terca hacia los hombres producto de su desafortunado matrimonio. El joven, a base de amor y ternura, va lentamente venciendo sus resistencias. Las vacaciones están por terminar y, al parecer, el joven terminará uniéndose su vida a la de la prejuiciosa y hermosa viuda. Algo sucede. Alguien, por envidia, se interpone. Se despiden y para siempre se separan. ¿Qué ocurrió? Ocurrió — ocurre — que siempre han existido "esos seres infrahumanos que han conseguido acomodarse mientras los demás sufrían, siempre se han apresurado a invocar verdades a pesar de ser indiferentes a la Verdad". Ser humano, en este siglo donde las verdades calzan botas u ostentan la autoridad inaccesible del comisario, es ser inconcluso, desencantado. Ser humano, dice Škvorecký, es ser por naturaleza un rebelde expuesto a las miserias de los otros, a su mirada vigilante, "acaso jamás consigamos librarnos de esas miradas, de ese infierno particular de cada uno que constituyen los demás", dice Škvorecký en "El saxofón bajo". La ausencia de esperanza es, de algún modo, una pausa, una espera en la que aguardamos mientras otro anhelo vuelve a asaltar nuestra razón escéptica. Por mientras queda la memoria, la nostalgia de ese momento en el que el saxofón vibró con su aliento, nostalgia de la noche en la que el joven praguense inventó un poema espontáneo a la viuda temerosa. Ante los monstruos, la espera, la indiferencia, bajo la cual late la nostalgia de un tiempo en el que pudieron manifestarse sin trabas la música y el amor. El saxofonista, el amante, ambos frustrados, eran, para decirlo con Tennessee Williams, "delicadas mariposas nocturnas/ muy necesarias/ en este mundo acosado por figuras descomunales". Los sueños de la razón delirante pueden cesar si se suprime la esperanza. Esa es la apuesta de hoy; la moneda está en el aire, y, además, no importa. ♦

Josef Škvorecký. *El saxofón bajo*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, 194 pp.

## EL MARQUÉS DE BOLIBAR

### UNA NOCHE DE IMPERIOS

Por Carlos Miranda Ayala

Para Norma Garibay

¿Cómo describir el regocijo que produce la lectura de una novela de primera magnitud? El gozo puede rebasar la capacidad de expresión, pero la sensación más clara es la de una fiesta en nuestro espíritu que cada vez que recordamos la obra continúa celebrándose, hasta el fin de la vida o de la memoria. La lectura de *El marqués de Bolibar* es también una fiesta, una fiesta de la aristocrática fantasía, de la de mayor abolengo, acompañada por la más bella elocuencia de la naturaleza humana.

El escenario de la fastuosa recepción es, como muchos de los más memorables festines literarios debidos a la esplendidez de los mismos anfitriones, príncipes de la etiqueta, la guerra. La gala, por supuesto, es militar, gabacha para ser exactos: calzón blanco, botas negras altas, casa-ca azul con botonadura dorada, cinto tricolor de seda y librea y capa faldellinera negras. Ya he asistido a otros ágapes ubicados en las guerras napoleónicas y creo haber aprendido a conducirme. Me siento lo más cerca que puedo del centro, evitando estorbar el movimiento de la festividad, y espero, tímido que soy, a que el entorno me lleve a *donde está la acción*. He estado en un par de fiestas ofrecidas por nuestros anfitriones en la misma época y no me considero un *newcomer*.

Lo bueno de estas fiestas es que no se necesita ser fulano duque de tal para ser admitido, es más: ni siquiera se requiere invitación: se invita uno solo y ya; a lo mucho, debe uno ser introducido por alguien. La primera a la que fui era *La guerra y la paz*. Me invité sin tener idea de dónde me metía. No supe desenvolverme, me situé en un rincón, aindiado, y no soporté el relato de la primera reunión social petrobúrguesa; no tuve valor para buscar a los anfitriones y al menos agradecerles y salir con el libro entre las patas.

¡Ah, pero qué tal la segunda a la que fui! A la segunda me invitó uno de los asiduos favoritos, de los imprescindibles, David Huerta. Un día me dijo que de *La car-*

*tuja de Parma* podría asegurar que es la más hermosa fiesta en la cual habría de poner mis pies. Y así fue en efecto: pocas cosas hay tan deliciosas en la literatura como seguir las aventuras de Fabricio del Dongo, la duquesa Sanseverina y el conde Mosca; y todo por la admiración al Gran Corso, que arrastra a Fabricio a convertirse en un hombre renunciando a una posición social e incluso al amor. La grandiosidad de la fiesta dependió mucho de las palabras que al principio dedicó Stendhal a quienes lo rodeábamos: relató cómo llegó a oídos suyos la historia oralmente y cómo dijo a quien se la relató que "para pasar las largas horas del anochecer" habría de hacer una novela con su historia, a lo cual replicó el primero que tuviera cuidado "de las intrigas de aquella corte, en los tiempos en que la duquesa hacía y deshacía allí a su gusto", pues "esta historia no tiene nada de moral, y ahora que hace usted hace alarde de una pureza evangélica en Francia, puede darle reputación de traidor". Aquel atardecer la imaginación y la poesía lucieron como nunca; he asistido a fiestas mejores, pero a ninguna más bonita.

Me volví renuente a ir a más fiestas de aquellas. Pensaba que no encontraría tanta belleza en otra, que mejor aprovechaba el tiempo yendo a fiestas distintas. Sin embargo, como se echa en falta a un amor cuando se está de viaje, pronto necesité las caricias de la belleza extraña a las campañas napoleónicas. Entonces comencé a buscarla con desesperación en cada fiesta de la que tenía noticia infructuosamente, confundiendo a mi añorada belleza con cualquier otra muchacha parecida a ella, de quien recibí apenas sus simples atisbos, hasta que, desconsolado, cayó en mis manos una reseña en una revista española en la que se daba cuenta de su paradero. Se le había visto en 1920 en una novela escrita por un checo descendiente de españoles. Me puse mi uniforme naftalinoso y me fui a aquel festín decidido a entrar a cualquier precio y constatar si se trataba de ella, si estaba ahí la misma belleza deslumbrante que me presentó Stendhal. Mi primera visión al entrar en el salón fue alentadora: parado cerca de la puerta, Borges, muy parecido a Alec Guinness, al oír mis pasos, o al detectar el calor de mi eufórico aliento, tras darme las buenas noches, me aconsejó que me congratulara de estar llegando a un "perfecto ejemplo de novela fantástica en estado puro". La cosa, así, prometía más de lo que esperaba. El ambiente estaba a media luz, pero se respiraba mucha ani-